

ESTADO PRESENTE DE LA TIERRA FIRME

Por: General JULIO LONDOÑO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 49, Volumen XIV
Primer Trimestre de 1956*

Uno de los libros más interesantes que puedan darse para seguir el desenvolvimiento de la nación colombiana desde la conquista hasta nuestros días, es el "Ensayo de historia Americana- Estado presente de la tierra firme", del Padre Felipe Salvador Gilij, libro felizmente hallado y traducido al castellano por el eminente sacerdote colombiano Mario Germán Romero.

El Padre Gilij fue un distinguido jesuita que vino como misionero a las regiones del Orinoco en 1743 y estuvo durante veinticinco años recorriendo la "Tierra firme", esa región tan descuidadamente delimitada, pero que rebasaba las fronteras de lo que hoy constituye la República de Colombia.

En sus estudios históricos el doctor Romero había tropezado con citas de este libro pero no había podido dar con él en las bibliotecas europeas o americanas, basta el día en que, coincidencialmente, lo bailó en una almoneda de libros antiguos que se efectuaba en Roma. Traducido cuidadosamente el libro fue editado oportunamente por la Academia Colombiana de Historia bajo el número LXXXVIII de los volúmenes de Historia.

A pesar de que la obra del Padre Gilij es, como él mismo lo dice, una historia natural, contiene tal acopio de datos geográficos que con mayor razón podría clasificarse en los libros de geografía que en los de historia.

La obra está compuesta de dos libros. El primero de ellos trata sobre el clima en toda la vasta extensión de la palabra. Desde este punto de vista divide la Tierra Firme en tres fajas de clima: fría,

templada y cálida, y luego estudia detalladamente la flora y la fauna a que han dado lugar la humedad y la temperatura en cada una de esas zonas. Sus teorías al respecto son muy claras: "Para personas que están bien de salud es una gran comodidad la tierra firme. ¿Les gusta el fresco? Ahí tienen a Santa Fe que es fresco todo el año. ¿Quiere un clima más dulce donde es agradable la cama sin molestia? Váyase a Firabitoba a cinco o seis días de Santa Fe. ¿Recetan los médicos baños calientes? Váyase a lugares muy calientes en los valles de Tena o del vecino Espinal, aptos para sacar del cuerpo todos los humores por el calor constante que Hace allí".

Un hecho que hace notable el libro es que, después de haber estudiado los seres organizados en relación con estas condiciones climáticas, toma parte en la formidable polémica sobre la inferioridad del mundo animal en el Nuevo Mundo, polémica en que atacaron sin piedad a estas tierras hombres como Buffon. Paw. Raynal. y muchos otros, y a quienes contestaron desde este lado del Océano tipos de la categoría de Caldas, Clavijero, Jefferson, Unanue y tantos que hoy hacen parte del patrimonio histórico de los diversos países americanos. Los conceptos de Gilij al respecto son importantes por cuanto él sí vivió en el corazón de los trópicos desde 1743 hasta 1768, en que regresó a Europa. Contra quienes denigraban a América su voz es fuerte y decidida; pero acepta, en cambio, muchas deficiencias en cuanto a hombres y animales de acá, comparados con los europeos; y todas estas deficiencias que él dice haber encontrado en los diversos parajes, las achaca decididamente al clima, con una especie de exclusión que casi obliga a catalogarlo como determinista geográfico.

Pero si el libro se examina con cuidado hay que descartar muchas cosas que acepta como casi verdaderas sin estudio suficiente, como aquella afirmación sobre el veneno de la araña Coya; "Estas arañas no pican nunca a nadie que esté cerca. Pero ipobre del que por casualidad las aplasta con las manos o los pies desnudos! La coya muere y ya no puede resentirse por el daño recibido, pero toma su venganza atroz el veneno de que está llena introduciéndose en seguida por los poros. Antes se creía que no había remedio alguno para mal tan grave sino el asquerosísimo de englutir el estiércol humano o el crudelísimo de quemar al paciente, al que pasan varias veces a través de una llama. Hoy día se piensa de otra manera. En efecto, en Villa vieja se ha encontrado un remedio cristiano, es decir, una poción hecha de jugo de limón hervido con azúcar. Todo esto hace pensar en la analogía del veneno de la coya con el Curare de los orinoquenses, como también en la semejanza de este remedio con el que encontraron los portugueses contra el mismo curare". De igual manera, a pesar de su sagacidad y de su mente objetiva no puede desprenderse completamente de hechos marcadamente supersticiosos: La planta de la Calaguala es pequeña y la

figura de sus hojas es muy semejante a la de la palma, pero lo que de ella se aprecia son las raíces de las cuales se hace una cocción que si la beben los que por caída o golpe tienen magulladuras en el cuerpo dicen que es maravillosa para arrojar por la boca o por otra vía la sangre coagulada”.



Iglesia de Villa de Leiva (Boyacá – Colombia)

A veces cae en exageraciones enormes que disminuyen la validez de la relación: "De las esmeraldas, que son más bellas que las orientales, se llenó en seguida el mundo. En Santa Fe, ciudad donde más abundan apenas si hay persona que no las tenga muy bonitas; y a bajo precio se venden en las calles en sobres de papel con veinticinco esmeraldas cada uno.

El segundo libro empieza con una amplia disertación sociológica cuyo primer intento es el de fijar las primitivas áreas de la vida indígena antes de la llegada de los europeos, para seguir poco a poco su transformación hasta el momento en que él pudo conocerlas. Como buen europeo, al estudiar la vida de los indios dentro de sus áreas respectivas, lo que más le deslumbra es la aparición del oro y las piedras preciosas. En este caso su estilo se hace ampuloso: Una antigua fundición... descubierta casualmente en la provincia de Neiva, es riquísima en oro y plata. Un amigo, al enterrar unos palos encontró oro trabajado en diversas formas, es decir, granos algunos grandes como garbanzos otros pequeños como municiones de arcabuz, figuritas de mariposas y moscas, pero sutiles, como él dice, y no muy trabajadas, y en fin, oro fundido a manera de rústicos utensilios para trabajar los campos y cortar los árboles... "Hacia el año 1744, de la ciudad de Cartago, cerca a la provincia del Chocó, vino a Santa Fé, un religioso Observante que traía consigo un águila de oro de baja ley que había sacado de un antiguo sepulcro, encontrado casualmente. Esta águila era del tamaño de una gallina y vacía en el interior". "Lo más singular de sus minas (Muzo), es criarse en ellas las pantaúras finas de todos los colores, y pintas de oro por la parte inferior. Hállanse en las minas de Antioquia y Guamocó diamantes dentro de las puntas de oro, jacintos, piedras de cruz y granates finos, con abundancia de que nace la poca estimación que tienen. El río de la Hacha es bien conocido por las ricas perlas, que son las más celebradas del Occidente, y Timaná por las amatistas y pantaúras que tanto han acreditado sus países, como a los de Pamplona, Susa y Anserma las turquesas, girasolas, gallinazas y mapulas".

Una de las cosas que más le asombran al estudiar las diferentes razas que pueblan la Tierra Firme es la fecundidad de la raza negra. Asegura que los españoles son los principales causantes de esta fertilidad pues a ello los someten con el solo fin de tener más esclavos. Pero se abstiene de dar su concepto sobre la bondad o maldad de la esclavitud, contentándose con decir que hay que perdonarles mucho a los negros porque su raza trae como secuela multitud de defectos y taras de las cuales los individuos no son en manera alguna responsables; pero deja sin embargo traslucir su poco afecto por ellos: "Hablaré del físico de los negros, casi como de carrera. Tienen dos cosas repugnantes para no gustar: el color negro y el mal olor, que es mucho mayor en los no civiliza-

dos... Pero les reconoce como virtud importante la plasticidad del espíritu para la imitación de los blancos en todos sus aspectos.

Su aversión se nota, en cambio, al hablar de mulatos y mestizos: "Los mulatos, aunque sean de una casta degenerada, son pagadísimos de sí mismos, se llaman a boca llena españoles, e imitan exactamente sus costumbres. Visten de manera propia particular, un poco extraña, conviven con los blancos, hablan su idioma con afectada elegancia y son considerados como elemento integrante de la población en que se establecen..." "Y nos queda por ver una cara de color bronceado, más que el de los mulatos degenerados, semejante al claroscuro. Hablo de la cara los zambos, es decir, hijos de india y negro. Pero ojalá no nos hubiéramos encontrado nunca con tipos semejantes. El zambo es taciturno, de mirada torva o maliciosa, y de índole tan perversa que lo lleva fácilmente al mal. Se sienta al lado de una persona con los ojos bajos, con rostro pensativo; pasea con otra persona, se finje amigo a su manera. Es muy raro que hable, más raro aún que ría. No tiene valor para arremeter contra otro sino a traición. Un blanco... lo pone en fuga fácilmente."

Pero no hay duda de que el aspecto más importante del libro es el índice de las diversas cosas a que cautivaron la atención del jesuita, las cosas que lo embelesaron y que por tal razón deben ser tenidas en cuenta. De entre estas maravillas destacamos las siguientes:

"En Cúcuta, lugar cerca a Pamplona, se estima mucho una tierra que se bebe mezclada con agua y dicen que es muy eficaz para expulsar del cuerpo la sangre que se cuaja por las caídas. Y oí muchas veces... del uso que de ella se hace continua y felizmente para impedir cualquier hemorragia".

"El padre López se puso en el trabajo de llevarme caritativamente de vez en cuando unas galletitas y con dulces palabras me consolaba diciendo que esa es una enfermedad a la cual están sujetos todos los europeos recién llegados a los climas fríos y que se llamaba la Chapetonada, es decir, enfermedad de los extranjeros. Como deliraba mucho no supe si tuve otro tratamiento distinto del ya indicado. Con todo eso, aunque algunos mueren de esa enfermedad, especialmente en Tunja cuyo frío es mayor, yo me libré de mi Chapetonada o por el vigor de mi juventud o porque así lo dispuso Dios Nuestro Señor..."

“No lejos del famoso templo de la Concepción de Barichara, se encuentran ciertas pequeñísimas piedras que, si se introducen en los ojos, no sé por qué oculta virtud expulsan los cuerpos extraños, y según dicen algunos, quitan también las cataratas si las hay”.

“Nos dijeron en Neiva... que la mosca ya citada trae su origen del fruto podrido del caracoli y que, cuando muere, entierra sus patas, y de las articulaciones entre el cuello y la cabeza surge la plantita que hemos dicho, cuyo color rubicundo se oscurece cuando ha crecido a la altura de media caña”.

Así podría continuarse indefinidamente.

La lectura de este libro es de una extraordinaria importancia, primero, porque es un firme punto de partida para el estudio de la transformación sufrida por las tierras americanas desde mediados del siglo XVIII hasta hoy; porque a lo largo de sus páginas hay centenares de rasgos vivos y curiosos que hacen su lectura amena e interesante, y finalmente porque muestra una serie de hechos típicos, muchos de los cuales escaparon al ojo avizor de los más destacados cronistas coloniales y que sí captó la mirada penetrante de un observador profundo que supo vivir muchos años en contacto directo con la extraña naturaleza del Nuevo Mundo.

